



Fermín García Sevilla

## Fermín García Sevillano, de Tomelloso

En la Casa de Cultura de La Solana expuso días pasados Fermín García Sevilla. En sus cuadros se refleja el paisaje de La Mancha, Tomelloso, donde nació. Su obra teñida por el infinito, se plasma en llanuras interminables, en campos jugueteros de amapolas. Un horizonte de misterio sacramentado, lejanía y luces parece brotar de sus pinceles como suave poesía. Pintura y poesía, poema de colores y paisaje de versos; la visión del pintor parte de un sentimiento, de un mágico guiño interior, porque lo que intenta es expresar lo que a través de una transfusión de lo exterior, tiene dentro.

Fermín empezó con paisajes realistas —es un consumado paisajista— y actualmente está rozando el impresionismo con la luz de los poemas de esta legendaria Mancha, oleajes que retumban como tambores, sentimientos que nacen en las estrofas de un poemario y que en su paleta se trans-

forma en añiles, violetas, ocres, amarillos, verdes y blancos restallando en un recital de versos y de naturaleza vivísima.

El pintor encuentra en todo lo que pinta y en lo que siente esa impresión de algo inconcluso, donde los cardos, el aljibe, los chopos y las siembras parecen navegar en la misma atmósfera que las contiene. El espectador podrá descubrir en los cuadros de Fermín García Sevilla ese sentimiento de infinidad, y al mismo tiempo de cercanía, confundido con una composición literaria hecha de color, que caracteriza a sus paisajes manchegos incrustados en sus iris seguramente desde el seno materno, y de su espátula surge una expresión pausadamente valiente con luces incontinentes de agresividad. Pero lo que importa verdaderamente, es la fortaleza o la cantera que en él tenemos. Ha hecho bien, Fermín, en no apresurarse, en no agotar los impul-

sos iniciales, y en meditar sobre este nuevo camino del impresionismo, donde los impacientes pedirían una marca superadora. Porque una paleta como la suya debe resistir a tentaciones de peligrosa temporalidad y sabe posiblemente que la obra de un pintor es un cuadro sobre otro, una adivinanza sobre otras adivinanzas, un riesgo sobre otro riesgo que sólo el autor debe proponerse con lucidez y con hondura.

Fermín García Sevilla ha salido otra vez del silencio con un mensaje atractivo que, de nuevo, se ordena en una exhibición de facultades, de alegría colorista, de iluminación astral. Se ha enriquecido su expresividad, se han esmaltado de brillos sus contraluces y sabe bien —no sé si demasiado bien— lo que es el milagro del color en los versos de sus paisajes.

Araceli Olmedo